

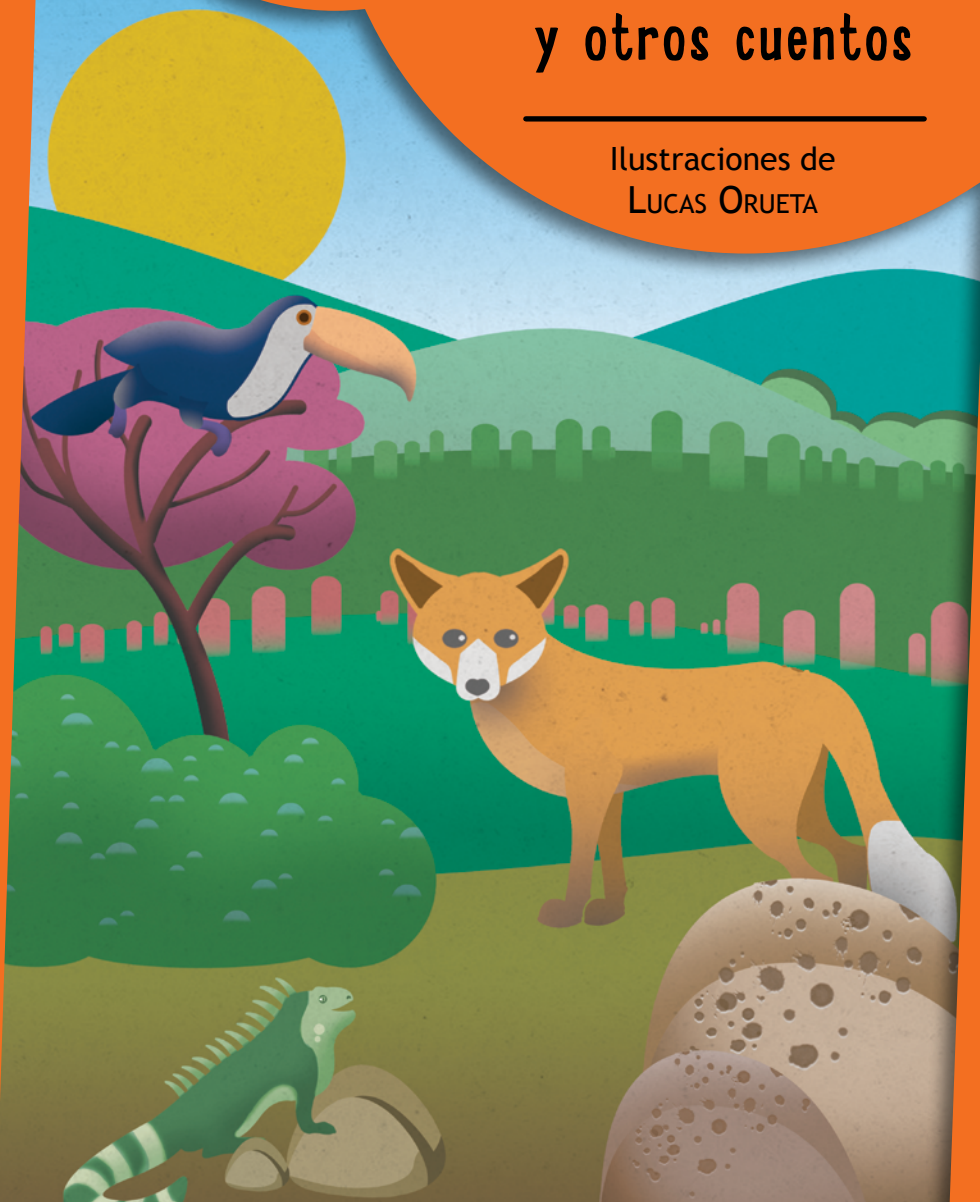


azulejos

Oche Califa

Rugido Guazú y otros cuentos

Ilustraciones de
LUCAS ORUETA



Rugido Guazú y otros cuentos

Oche Califa

ILUSTRACIONES
DE LUCAS ORUETA

Coordinadora de literatura: Karina Echevarría
Autora de secciones especiales: Pilar Muñoz Lascano
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diseñadora: Ana G. Sánchez
Ilustraciones de tapa e interior: Lucas Orueta

Califa, Oche
Rugido Guazú : y otros cuentos / Oche Califa ; ilustrado por Lucas Orueta. - 1a ed. -
Boulogne : Estrada, 2022.
160 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos / Naranja ; 75)

ISBN 978-950-01-3140-7

1. Literatura. I. Orueta, Lucas, ilus. II. Título.
CDD A860.9283



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

75

© Editorial Estrada S. A., 2022
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina
Internet: www.editorialestrada.com.ar
Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina
ISBN 978-950-01-3140-7

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

El autor y la obra	5
Biografía	7
Nuestros por naturaleza	8
Rugido Guazú y otros cuentos	
El extravío de la taruca (Parque Nacional Calilegua) ..	13
Una conversación mojada (Parque Nacional Chaco) ...	21
Un animal sabedor (Parque Nacional El Rey)	31
Rugido Guazú (Parque Nacional Iguazú)	39
Alrededor del alerce milenario (Parque Nacional Los Alerces)	49
El aventurero (Parque Nacional Los Glaciares)	59
La gran llegada (Parque Nacional Monte León)	67

La payada (Parque Nacional Nahuel Huapi)	77
El sueño del zorro (Parque Nacional El Palmar)	87
Una escuela en el agua (Parque Nacional Perito Moreno)	97
Una tarde en el monte chaqueño (Reserva Nacional Pizarro)	107
El misterio de las lanas (Monumento Natural Laguna de los Pozuelos)	115
La llegada (Parque Nacional Pre Delta)	125
Las buenas y las malas del aguará guazú (Parque Nacional Río Pilcomayo)	135
Una leyenda del viento (Parque Nacional San Guillermo)	143
Actividades	151
Actividades para comprender la lectura	152
Actividades de producción de escritura	154
Actividades de relación con otras áreas	156



**El autor
y la obra**


BIO- GRAFÍA



Oche Califa nació en 1955 en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires. En la actualidad vive en la ciudad de Buenos Aires. Es escritor y periodista. Se considera autodidacta y buen alumno de lecturas y experiencias diversas. Sus primeras creaciones literarias fueron poesías y cuentos humorísticos, luego comenzó a escribir para niños.

Fue colaborador de las revistas *Biflikén* y *La Hojita*, el periódico *Acción*, el diario *Clarín*, la revista *Humi* y director de *La Nación de los chicos*, del diario *La Nación*, entre otros medios gráficos. Ha sido jurado de varios concursos literarios y desde enero de 2015 y hasta mayo de 2021 fue director institucional y cultural de la Fundación El Libro y de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires.

En la colección *Azulejos* publicó la antología de cuentos *El mejor de los mundos imposibles*.



Nuestros por naturaleza

Ocurre en todas partes del mundo que las personas preparamos un terreno para sembrarlo, cambiamos el curso de un río para llevar agua a otro lado, extraemos minerales de una montaña para fabricar distintos objetos. En esas actividades es habitual, además, que talemos árboles, quitemos todo tipo de plantas, matemos animales silvestres, cambiemos la forma de un terreno, así como también criamos otros animales y otras plantas.

Todas estas actividades —y muchas más, como la pesca y hasta el turismo— producen modificaciones en la naturaleza. Algunas especies de plantas y animales se reducen en su cantidad y hasta desaparecen del lugar modificado, y el mismo clima puede cambiar. Por ejemplo, donde llovía mucho puede llover poco, o al revés.

En una región, mientras las personas y sus actividades no son demasiado numerosas, no se percibe que la modificación de la naturaleza pueda ser dañina. Tal vez, en algunos casos, ni siquiera lo es, porque si no resulta muy grande, la naturaleza tiene tiempo de recuperarse: los árboles y las plantas vuelven a crecer, los animales tienen nuevos hijos.

Pero, cuando la actividad humana se hace intensa —y eso ocurre, hoy en día, prácticamente en todo el mundo— grandes espacios de la naturaleza son modificados sin tiempo ni posibilidades para

que regresen a ser como eran. Entonces, algunas especies desaparecen para siempre y el aspecto del lugar se vuelve absolutamente distinto.

Eso hizo que, en el siglo XX, muchos países decidieran que debían proteger algunos espacios de sus territorios para que no fueran modificados por las actividades humanas, y las especies naturales no desaparecieran. Entre esos primeros países estuvo la Argentina, que en 1904 creó su primer parque nacional, hoy llamado Nahuel Huapi. Fue por iniciativa del naturalista Francisco Pascasio Moreno.

En esos años se consideraba que debía protegerse una zona, impidiendo que se le cambiara su aspecto con obras humanas, debido, sobre todo, a su belleza. La región del Nahuel Huapi, con sus lagos, bosques y montañas, logró, por eso, protección. Y por eso tampoco es raro que el segundo parque nacional argentino haya sido Iguazú, que posee sus hermosas e increíbles cataratas.

Con el correr de los años se crearon otros parques. Pero, poco a poco, todos los interesados en que se protegiera la naturaleza, comprendieron que no solo había que crear parques allí donde hubiera paisajes hermosos sino en cada región que tuviera una naturaleza particular, aunque no resultara atractiva a los ojos de los viajeros y hasta de los lugareños.

¿Por qué crear parques o reservas naturales que no fueran, necesariamente, bonitos? Es que el avance de las actividades humanas

—cultivos, ganadería, forestación, minería, creación de ciudades—amenazaba con eliminar totalmente algunas regiones naturales. Eso había ocurrido, a mediados del siglo xx, en casi toda la pampa húmeda, por ejemplo. Incluso, la misma actividad humana que se pretendía desarrollar podía verse, con los años, perjudicada. Por ejemplo, talar todo un bosque o monte para dedicarlo a la agricultura, podía resultar eficaz al principio; pero, luego, tal vez la tierra no resultara buena para que crecieran cultivos y todo podía terminar convertido en un desierto.

Eso hizo que, poco a poco, se crearan parques para proteger todo tipo de regiones naturales: las selvas de montaña, los montes secos, las regiones con lagos y lagunas, y muchos más. Porque los parques no solo podían proteger lo que conservaban dentro de sí, sino también ayudar a todo lo que ocurría en sus alrededores. Por ejemplo, si un parque cuida el lugar donde nace un río o donde hay un lago, eso sería bueno para las poblaciones que dependen del agua de ese río o lago, aun fuera del parque.

Además, las personas no siempre sabemos todo lo que contiene una región natural. Y si la destruimos sin antes averiguarlo, puede ocurrir que estemos perdiendo para siempre algunas especies o elementos valiosos. Pongamos, por ejemplo, que no encontramos la medicina para curar una determinada enfermedad, y que ella esté en la propiedad de una planta que crece en medio de una región.

Con la destrucción, perderíamos la posibilidad de hallarla. También puede ocurrir que una región contenga restos de culturas humanas que vivieron antiguamente allí; cuidarlos, para conocer qué ocurrió mucho antes de nosotros, también es una misión que tienen los parques y reservas.

Por ello, no solo se trata de proteger un lugar para que nadie lo toque, sino también para estudiar lo que hay en él y, si es posible, aprovecharlo, aunque sin destruirlo. Y por eso, quienes trabajan en los parques o para ellos, no solo se dedican a cuidarlos como guardianes, sino que estudian todo lo que hay allí e, incluso, asisten a los turistas y viajeros que quieren conocerlos. Las personas más conocidas, de los que trabajan por el bien de la protección, son los guardaparques.

Para que un parque que se ha creado sea realmente beneficioso para todos (la propia naturaleza y las personas), debe estudiarse la forma como funcionará. A veces ocurre que, cuando su naturaleza ha sido muy modificada y necesita tiempo para reponerse, una parte del mismo debe ser totalmente protegida, sin que entren personas ni se realice ningún tipo de actividad, ya sea trabajo o paseo. En otros casos, se busca que las comunidades que se encuentran cerca de él, y a veces dentro del parque, puedan vivir y desarrollar sus tareas de una forma que no sea perjudicial.

Con estas ideas, la Argentina ha creado parques y reservas en muchas partes distintas de su territorio, para que todas las regiones

naturales que posee estén representadas y no dejen de existir, aunque sea como una muestra de lo que son. Por eso, los hay tanto en Jujuy como en Tierra del Fuego; en Neuquén como en Entre Ríos. Algunos son muy conocidos, y otros no tanto. Algunos reciben miles de turistas por año, y otros están en lugares donde es muy difícil llegar. Algunos son muy grandes, y otros más pequeños. Algunos protegen una gran cantidad de especies de plantas y animales, y otros unas pocas. Todos son, sin embargo, muy importantes para nuestro presente y nuestro futuro.

Oche Califa

El extravío de la taruca

El Parque Nacional Calilegua se encuentra en el sudeste de la provincia de Jujuy y protege un sector de las yungas (selva de montaña y bosque andino) y de transición al bosque chaqueño. La taruca es una especie de venado andino, que en la Argentina ha sido declarada Monumento Natural.

El extravío de la taruca

Disimulada entre los pastizales, la pequeña taruca carga su cuerpo con el calor del Sol, respira hondo y se echa a caminar. La tarde promete ser larga, el aire está suave y no se huele ningún peligro. No pretende hacer una travesura al alejarse de su madre: solo ocurre que da un paso, otro, otro...

En un momento levanta la cabeza, mira y piensa: “¡Qué grande es Calilegua!” ¿Por qué nunca lo ha pensado, si es una inmensidad que siempre tiene a la vista? Y entonces, sí, le dan ganas de andar otro poco más. De todos modos, supone, su grupo —unas diez tarucas— no debe andar lejos y, de ser necesario, con un trote seguro puede reagruparse en un ratito.

Para quienes no lo sepan, Calilegua es una serranía boscosa, enmarañada y muy lluviosa —la llaman yungas—, con algunos claros de pastos altos. Por sus laderas caen ríos y arroyos que esperan con ansiedad muchas plantas, como el jacarandá. Decir qué más tiene no es posible ahora, porque

nos distraeríamos y nos extraviaríamos, como la pequeña taruca.

Sí, porque nuestra amiga ya se ha perdido; es decir, se ha separado demasiado de su grupo, aunque ella todavía no lo sabe. No, porque, justamente, las flores que un jacarandá ha dejado caer bajo su copa —y que son azul violáceas— le han interesado tanto que no piensa en otra cosa. La pequeña taruca se acerca, las huele, se da cuenta de que no podrá comerlas (eso no le importa) y advierte que la sombra del árbol la invita a quedarse un poco allí mismo.

Entonces vuelve a mirar Calilegua. Es su lugar; podríamos decir que Calilegua es “su país”. ¿De dónde es, usted, pequeña taruca? “Yo soy de Calilegua, mi país”, podría contestar.

Sin embargo, ella no conoce demasiado su Calilegua. No. Su grupo anda entre los pastizales, sube las primeras cuestras, pero... ¿Y esas cumbres nevadas que se ven allí a lo lejos? Jamás ha estado allí. Tampoco en los paredones de pura roca que sobrevuelan las águilas pomas. Mucho menos en el camino que, más abajo, han abierto los guaraníes y los kollas (antiguos habitantes de la región y que la conocen como nadie), porque eso sería más peligroso aún.

Y hablando de peligros —y para no olvidarnos de que la pequeña taruca se ha alejado demasiado de su grupo—, recordemos que en Calilegua, además, viven los yagaretés —grandes felinos carnívoros—. También en este momento la pequeña taruca los recuerda y un temblor recorre su cuerpo y mueve su pelaje como la suave onda de un arroyo.

Pero la tarde es confianzuda. Tan clara, con el aire tan fresco... ¿Por qué debiera contener un peligro? No hay nada que temer, hasta que el olfato indique lo contrario.

Sin embargo —suele ocurrir, ah, qué cosa—, un manto de niebla llega en oleadas repentinas y cubre el lugar. No es lluvia, no. Son las nubes que han bajado hasta las yungas a mojarlas un poco.

El aire, entonces, se cierra. De un momento a otro, no se puede ver ni a un paso de distancia. Todo se vuelve como si fuera un sueño, un sueño de esos que luego no se recuerdan bien, pero que a la vez resultan difíciles de olvidar. Y el olfato ya no ayuda tanto a la pequeña taruca porque las gotitas de las nubes no dejan correr los perfumes y los olores así nomás.

El estremecimiento, el miedo, el temblor que corre sin permiso por el cuerpo ganan de vuelta a la pequeña taruca. Ahora sí se ha dado cuenta de que se alejó demasiado de su

madre y de su grupo, que no sabe bien dónde está, que la niebla puede no irse durante el resto de la tarde y que puede llegar la noche y encontrarse sola.

¿Y los yaguetés? Ah, los yaguetés que hace un rato no le importaron demasiado, ahora han vuelto a su memoria. Ya casi cree ver sus ojos que asoman aquí y allá entre la neblina. ¡Y hasta en el suelo! Entonces sonrío, porque se da cuenta de que no son ojos sino las flores del jacarandá.



Pero el miedo sigue y la pequeña taruca no sabe si dar unos pasos o quedarse inmóvil como un árbol, dejar que las nubes también la mojen y esperar que se vayan para salir en busca de su grupo.

De pronto un golpe de aire la cruza, como un puñal, delante de los ojos. ¿¡Un zarpazo!? Su corazón se arruga y se moja de miedo, le golpetea apenas arriba de la pata izquierda, que le ha comenzado a temblar como si quisiera dar pequeños pasitos, pero sin moverse de donde está. En un segundo piensa más que en todo un día: ¿Debe correr? ¿Podrá correr? ¿Hacia dónde? ¿Podrá ella ser más veloz que un yagueté? ¿Y su madre? ¿Y su grupo?

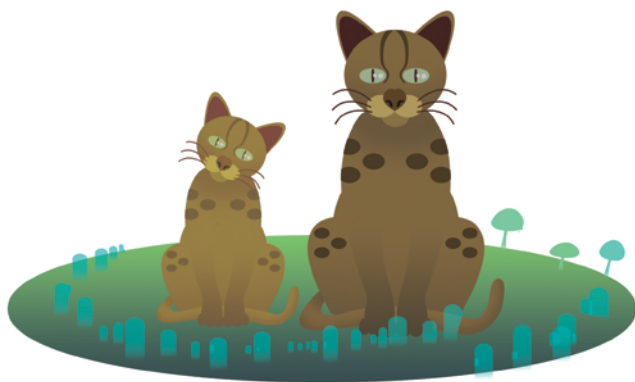
Entonces se da cuenta de que un surucúa aurora, pájaro hermoso, está posado en una rama del jacarandá y que ha sido él quien pasó volando cerca suyo y la asustó. La pequeña taruca lo mira y cree que el surucúa se burla de ella. Entonces baja la cabeza, avergonzada. Pero, bueno, el miedo es un derecho de todos. ¿Por qué no iba a tenerlo?

Aún más, la niebla no se ha ido y su intranquilidad, con ella, también permanece. Aunque hacia un costado cree adivinar dónde está el Sol. Y, sí, de pronto, una senda de claridad aparece entre la niebla: es como un camino que le dice “por aquí, pequeña taruca”. Ve los pastos mojados,

Rugido Guazú y otros cuentos

Oche Califa

Estos cuentos tienen por protagonistas a los seres que habitan todos los rincones de nuestros parques nacionales: zorros, alerces, coatíes, tarucas, quebrachos, ñandúes, tucanes y, por supuesto, seres humanos. En una armonía no siempre tranquila o silenciosa, transcurren sus historias.



EPB5000006

ISBN 978-950-01-3140-7



macmillan
education



estrada
Seguimos haciendo historia